

Sri Lanka y Maldivas

Patrimonio y descanso junto a las cálidas aguas del Índico

Texto y fotografías: Román Hereter

Anuradhapura, Polonaruwa y Siguiiriya. Cuando uno memoriza estos tres raros nombres que identifican a lugares que pertenecen al Patrimonio de la Humanidad, siente una rara atracción hacia ellos. Restos arqueológicos, sí, pero ¿de dónde? De Sri Lanka, el antiguo Ceylán.

Y cuando se empieza a indagar, aparecen las sendas del té al sur de la India, la ruta de las especias, antigua colonia británica, centro budista de vital importancia en la propagación de dicha religión hacia Thailandia e Indochina... También algunos la llaman "Perla de Oriente", "Tambapanni", "Taprobana", "Lágrima de la India" o "Serendib" como los árabes. Lo cierto es que con sólo 435 kilómetros de largo por 225 de ancho y con una superficie total de 65.610 km², esta isla es capaz de impresionar por su diversidad paisajística, histórica y cultural conformada por su situación estratégica en las rutas de oriente y extendida a muy pocos kilómetros, sólo treinta y dos, del subcontinente indio. Poco más de veinte millones de habitantes de los que el setenta y cuatro por ciento son cingaleses, el dieciocho por ciento tamiles y el resto malayos, tamiles musulmanes, euroasiáticos, y burghers o descendientes de colonos portugueses y holandeses inmigrados en los siglos XVI, XVII y XVIII.

Anuradhapura, Polonaruwa y Siguiiriya...

Poco antes de Cristo, cuando los griegos expandían su hegemonía por el Mediterráneo mientras en otras zonas de Europa todavía atravesaban el umbral de la Edad de Piedra, Sri Lanka poseía una avanzada civilización. Sus sistemas de irrigación, los buenos caminos y el clima tropical, combinados con aptitudes para el comercio la convirtieron en uno de los principales centros comerciales del planeta. Sin embargo, en contra de lo acontecido en algunas urbes mediterráneas, las ciudades adolecían de planificación y sobre todo de consistencia arquitectónica. Sólo templos y palacios estaban contruidos en piedra, dejando para la gente la arcilla y la madera. Tan solo a Buda le correspondía el derecho de la perpetuidad y sólo de Buda nos quedan restos arqueológicos que admirar.

Quinientos años antes de Cristo se instalaron las primeras comunidades humanas en Anuradhapura y en el siglo IV antes de nuestra Era, el rey Pandukabhaya ubicó una capital que habría de durar mil cuatrocientos años. Cincuenta y dos kilómetros cuadrados, decenas de miles de habitantes, casas de dos y tres pisos y probablemente dos sótanos, un palacio real de mil habitaciones, y pagodas, stupa o como se llaman aquí: dagobas. Y también un árbol. El árbol de Bo. Su culto perdura desde hace veintitrés siglos. Dicen que según pruebas documentales históricas es el árbol más

antiguo del mundo. Sus ramas, sorprendentemente delgadas para su edad, están sostenidas por horquillas de hierro. Cuentan que se trasplantó aquí como esqueje de la ficus religiosa bajo la que el mismísimo Buda recibió su iluminación. Los budistas deben orar aquí, como también en el Ruwanweli Seya, o gran stupa del siglo II antes de Cristo; la dagoba Thuparama, la más antigua del país y cuya creencia indica que alberga la reliquia de la clavícula de Buda; la dagoba Jetavanarama, la más grande del mundo entre las de su clase; la dagoba Abhayagiri, que se cree posee el mayor cuenco de limonas lleno de reliquias; la dagoba Mirisaweti con sus terrazas bien conservadas; y la Vihara Isurumuniya, parte de un complejo monástico situado en los Jardines de los Reales Placeres.

Polonnaruwa tiene menos historia. Fue "sólo" capital durante tres siglos, pero sus restos están mejor conservados y ejercen una mayor atracción hacia el visitante ya que ofrece construcciones del siglo XII, precisamente cuando el arte cingalés alcanzó su mejor momento de esplendor. Los cholos habían destruido Anuradhapura y trasladado aquí la capital, para de este modo dominar mejor las regiones circundantes de la isla. Cuando los cingaleses recuperaron su dominio en 1073, mantuvieron aquí el centro del poder político. Es un prodigio en el arte de la irrigación donde 5.600 acres de agua embalsada por una presa de doce kilómetros de longitud, asegura las cosechas de 18.200 acres de arrozales. El centro urbano está constituido por el cuadrilátero o "Terraza de la Reliquia del Diente" rodeada por doce construcciones excepcionales entre las que destacan el Vatadage, o edificio circular más viejo; el Hatadage o templo del diente; la Gal Pota o libro de piedra, una enorme piedra de ocho metros de largo por cuatro de ancho que contiene una inscripción narrativa de la invasión de la India por el rey Nissanka Malla; el Satmahal Prasada o edificio de las siete plantas, con cierto parecido a los zigurats mesopotámicos; o el Thuparama, el mejor conservado de todos. Y más allá... palacios, dagobas, templos, monasterios, hasta llegar al Gal Vihara o relicario de la roca. Cuatro estatuas de Buda de mediados del siglo XII talladas en la roca de granito que se hallan entre las obras maestras del arte cingalés.

Anuradhapura tiene historia, Polonaruwa belleza. Pero la magia hay que buscarla en Siguiiriya. En la roca del león, una mole de piedra roja que se alza a 180 metros por encima de la jungla donde se refugió en el siglo V el rey Kasyapa. Tras asesinar

En la página izquierda: Monumentalidad en Anuradhapura



Elefante en el Parque Nacional de Yala.

a su padre y proclamarse rey, temía la venganza de su hermanastro y legítimo heredero del trono por ser hijo de madre de sangre real, mientras que la suya era plebeya, decidiendo refugiarse aquí. Y sobre la piedra un palacio, inexpugnable y a la vez dotado de una vista panorámica excepcional. Hay que subir muchas escaleras para alcanzar la cima, pero a medio camino unos frescos reconfortan las retinas. Se trata de las doncellas de Sigiriya, unas damiselas que bien podrían representar "asparas" o ninfas que moran en el cielo, o simples cortesanas de camino hacia palacio. Sea como fuere las dieciocho figuras femeninas resguardadas al abrigo de una grutasorprenden por su delicadeza y sensualidad. Kasyapa reinó durante dieciocho años, lo que duró el esplendor de Sigiriya, degollándose con su daga al ver que su elefante entraba en un terreno de arenas movedizas durante la batalla contra su hermanastro, que había vuelto de la India con un ejército de tropas cholas y cingalesas y que tras la victoria restauró la capitalidad a Anuradhapura.

Llegada de los europeos

Pero llegó el momento en que los europeos empezaron a usmar por la zona. Primero fueron los portugueses. Más tarde holandeses e ingleses extendieron su poderío marítimo en el Índico y las partes bajas de la isla fueron dominadas por los invasores que querían asegurar sus bases en la ruta de las especias. En 1590 los portugueses se afianzaron en tierra y los gobernantes cingaleses se refugiaron en el interior situando temporalmente

su capital en Kandy, una plácida ciudad rodeada de montañas y emplazada a 488 metros de altura sobre el nivel del mar. Pudieron resistir hasta la victoria británica de 1815, pero todavía hoy perduran las tradiciones en el que se ha convertido en centro cultural del país. Su importancia religiosa gira en torno al templo del Diente de Buda, la sagrada reliquia que representa a la vez el sello de la soberanía cingalesa. Pocas personas lo han visto. En realidad se puede observar un relicario de plata dorada en forma de dagoba que encierra seis más de oro puro y piedras preciosas que van reduciendo su tamaño hasta el que contiene el sagrado diente. Cada mes de agosto se pasea en procesión a lomos de elefante, en la que constituye la mayor manifestación de la zona. Hoy en día la cámara que resguarda el relicario se abre diariamente a las seis de la madrugada, a las once de la mañana y a las seis y media de la tarde, cuando acuden peregrinos y visitantes para contemplarlo desde la "Sala de la Beatífica Visión". El templo del Diente a sufrido diversas ampliaciones a lo largo de la historia, pero en la actualidad presenta una armoniosa arquitectura que lo hace tremendamente atractivo, sobre todo al atardecer cuando todavía no se ha apagado la luz diurna y las bombillas que marcan parte de su perímetro se reflejan en el lago de Kandy. Al otro lado de la calle un templo hindú y una iglesia anglicana llamarán la atención del viajero, que probablemente emplee su tiempo en la ciudad para visitar algún otro monasterio, contemplar un espectáculo de danzas tradicionales, y acercarse a los jardines botánicos de Paradeniya, creados por los ingleses en 1815.

Las cumbres de Nuwara Eliya

Pero para observar la herencia británica hay que ascender todavía más hacia las cumbres montañosas de la isla. A 1.884 metros de altura y al pie del pico más alto del país, el Pidurutalagala, se extiende Nuwara Eliya, un balneario y sanatorio militar plagado de trofeos de caza, mansiones de estilo Tudor y Victoriano, parques y jardines, y por supuesto un campo de golf. La región colindante está plagada de terrazas de arroz y sobre todo de campos de té, donde las mujeres tamilyes vestidas con saris de vistosos colores recogen dos hojas y un brote tierno por planta.

Dejando el país de las montañas, hay que dirigirse hacia la costa sur y sudoeste, donde se combinan parques naturales como el de Yala, con la posibilidad de ver variadas especies de aves, elefantes y hasta algún leopardo; ciudades coloniales como Gale, el antiguo centro colonial portugués más importante de la isla; y playas y centros pesqueros como Hambantota, Tangalla, Matara y Bentota que se irán extendiendo hasta llegar a la actual capital.

Islas Maldivas: las "lágrimas" del Índico

Apenas alcanzan los 298 kilómetros cuadrados, pero se extienden como un ramillete de casi 1.200 islas coralíferas, estructuradas en atolones, cuya altura nunca sobrepasa los tres metros y medio sobre el nivel del mar. Al aproximarse en avión se vislumbra la fragilidad de su equilibrio medioambiental, donde la arena se ha acumulado sobre el coral y han crecido los cocoteros. Es el marco idílico que colma el concepto de vacaciones tranquilas en playas solitarias de arena blanca y aguas transparentes repletas de peces de colores.

Situadas en el Océano Índico, al sudoeste de la India y Sri Lanka, fueron pobladas por migraciones de pueblos drávidas, indoarios y cingaleses, procedentes del subcontinente Indio, a los que luego se sumaron los árabes. Excelentes navegantes y pescadores, los maldivos mantuvieron estrechos contactos con el continente asiático, adoptando en el siglo XII el islamismo como religión y el sultanato como forma de gobierno. Lugar de paso hacia oriente para los colonizadores europeos, lograron

En la tira de imágenes: Playas del sur de Sri Lanka y bailarín de Kandi



Colombo ha vivido siempre para el comercio. Ya en el siglo VIII los árabes lo utilizaron como puerto para embarcar la canela. Los portugueses, arribaron a principios del siglo XVI, fueron suplantados por los holandeses y estos a su vez por los ingleses, que la convirtieron en el centro del poder político que todavía ostenta desde su independencia. Iglesias católicas y anglicanas, construcciones coloniales, templos hinduistas, mezquitas, edificios gubernamentales y bazares, sobre todo bazares.

Representa un buen colofón de un re-corrido por los lugares más interesantes de esta isla que a pesar de su limitada superficie es capaz de aglutinar muchos de los atractivos del océano que la rodea y cuyo viaje combina a la perfección con unos días de descanso en las Maldivas.

resistir a las naves portuguesas que optaron por la costa occidental de la India, en Goa, para establecer una de sus mayores bases. La apertura del canal de Suez, aumentó su valor estratégico y por tanto el interés británico para tener a las Maldivas bajo su área de influencia. Con una economía precaria, basada únicamente en la producción de aceite de coco, la pesca y el cultivo de frutas tropicales, el país logró su independencia en 1965, no sin antes experimentar diversas luchas entre el sultanato y facciones republicanas más o menos influenciadas por otros países. Hoy es una república islámica de firmes convicciones, que basa en su no alineamiento una posición independiente en política exterior y que le confiere un amplio poder de negociación gracias a su posición geográfica privilegiada.



En la parte superior, mezquita de Male, y debajo, pescadores de Maldivas

Su población asciende a 215.000 individuos que se reparten por 192 islas permanentemente habitadas. La pesca ya no puede colmar las ansias de bienestar de los maldivos, que desde hace algunas décadas han optado por el turismo como fundamental fuente de ingresos. Pero no todos los atolones están abiertos a las visitas del exterior. Es, según el gobierno, una forma de preservar la esencia islámica de la población autóctona. Múltiples inversiones locales y extranjeras han ido promoviendo la construcción de diversos "resorts" en islas más o menos alejadas de la capital Mahé, junto a la que se extiende un aeropuerto internacional cuya pista artificial sobrepasa la superficie natural de un islote sobre el que está construido y que da la impresión de aterrizar sobre el agua. A partir de aquí múltiples lanchas transportarán a los foráneos hasta sus alojamientos, mientras que unos pocos locales se desplazarán hacia la capital que no sobrepasa los 45.000 habitantes. El calor es sofocante cuando se transita por sus calles al atardecer. Es evidente el rápido crecimiento que ha experimentado durante los últimos años gracias a los ingresos por turismo. Las casas bajas cobijan tiendas comerciales mientras grupos de colegiales vestidos de uniforme regresan a sus hogares y hombres de mediana edad acuden a las mezquitas. Sin embargo, la mayor animación se concentra en la zona portuaria. Barcazas procedentes de los confines del país descargan sus atunes que luego

se comercializarán en conserva, en un proceso controlado por la corporación pesquera estatal. De vez en cuando algún crucero internacional hace una parada en Mahé y siempre hay buques mercantes y petroleros anclados frente a su puerto. Casi todos los productos vienen del exterior, lo que explica los altos precios a pagar por casi todo.

Los extranjeros poco se mueven de sus islas. La mayoría pueden recorrerse, transitando por su perímetro, en apenas 15 minutos. Se dedican sencillamente a descansar o leer con una silla acomodada en la arena o incluso dentro del agua.

Pero Maldivas es un auténtico obsequio para los submarinistas. Algunos de los fondos marinos más interesantes del mundo se concentran aquí con una variedad de corales y peces que hacen las delicias de los amantes de la inmersión, que a la vez serán capaces de encontrar múltiples barcos hundidos.

También hay que desplazarse a alguna isla habitada que nada tenga que ver con el turismo. Sus gentes representan el máximo atractivo. Los niños acumulan unos rasgos difíciles de igualar en otras latitudes. Su tez morena y su cálida sonrisa son capaces de cautivar a cualquiera, mientras los viejos del lugar cuentan historias de otras épocas. Al ganar altura con el avión que ha de transportarnos nuevamente a occidente, se puede contemplar una serie de círculos de formaciones coralinas, que encierran aguas muy poco profundas y transparentes. Son... como las lágrimas del Índico. Un magnífico combinado con la monumentalidad y belleza paisajística de Sri Lanka.



PRESTIGE
HOTELS OF THE WORLD
by keytel



MANTRA RESORT SPA & CASINO 5+
Punta del Este, Uruguay
Placer para los sentidos



L'EMPIRE PARIS 4+
París, Francia
Seducor diseño contemporáneo

MICENTER HOTEL
MEETINGS, INCENTIVES, CONFERENCES & EVENTS
CONGRESOS, CONVENCIONES E INCENTIVOS
CASA FUSTER
★★★★★ G.L.L.
MONUMENT - MONUMENTO - LANDMARK
BARCELONA



HOTEL CASA FUSTER 5+ GL MONUMENTO
Barcelona

Lujo en el corazón de Barcelona